



Crítica

de Ignacio Valente

Casi Todos Nuestros Jóvenes Cuentistas

ANDAR CON CUENTOS (NUEVA NARRATIVA CHILENA)

Diego Muñoz Valenzuela y Ramón Díaz Eterovic. Mosquito Editores, Santiago, 1992, 248 páginas.

ES ésta una antología de los narradores chilenos que comenzaron a escribir después de 1973. Son 36, y cada uno aporta un cuento, se supone que su mejor cuento. Es difícil pronunciarse sobre la propiedad de la selección —y por tanto emitir un juicio sobre la generación como conjunto— cuando uno no conoce el universo de cuentos posibles que fueron su materia prima. En todo caso, pueden anotarse algunos rasgos dominantes. En primer lugar, la tendencia de los lenguajes narrativos es variada, polimorfa, divergente, lo que está bien: estaría mal la uniformidad. En seguida, la calidad media de estos relatos, tratándose de autores jóvenes, es promisoría. Sobre sus contenidos me caben ciertas dudas: ¿están en su mayoría tan volcados hacia el tema sexual, por una parte, y por otra hacia los estigmas obsesivos del régimen pasado —represión, tortura, muerte, desaparecidos, etc.—, o viene este efecto de convergencia dado por los propios autores de la antología?

Hay dos omisiones que no se explican. Gonzalo Contreras y Andrea Maturana deberían estar, y no sé por qué no están. De los 36 presentes, no resulta difícil escoger al menos un quinteto de calidad notable. Última cena de Jaime Collyer es la historia de un misionero calvinista holandés que se vuelve misionero del agnosticismo, a raíz de un episodio gastronómico-religioso de subido humor negro vivido en la Amazonía, y está a la altura del autor. Ese viejo cuento de amar pertenece a Ramón Díaz Eterovic, uno de los antologistas, y entretiene con habilidad en una sola cuerda el hacerse del sexo y el hacerse de la literatura en la persona del adolescente que habla: es un buen cuento.

Martín Faúnes, para mí un desconocido, escribe en Urracas y zorzales un relato distinto, muy distinto del resto, con un nivel superior de fantasía poética, en torno al hombre que puede ser a la vez zorzal y urraca (lástima que en Chile no haya urracas, y el nombre suene a literario). A continuación, el infaltable Claudio Jaque nos ofrece en La casucha una de sus típicas y eficaces piezas de sociología-ficción futurista, una amenaza fantasmagórica que recuerda la atmósfera del Brave New World de Huxley. Y todavía, el fuerte cuento de Jorge Marchant, La pepa del alma, es un alto punto de encuentro entre la sexualidad desbordante y el clímax de la violencia, unidas ambas a un elogio de la imaginación y a la caída de las barreras sociales en el amor.

Aunque es difícil señalar fronteras precisas de calidad, diría que los cuentos que menciono en seguida no están a la misma altura de los anteriores, pero tienen cierto interés. El recuento, la historia entre sentimental y excéntrica de los abuelos, es inferior a la única novela de Gregory Cohen. Dos x cuatro + espelí y zapatillas de Eduardo Correa revela la fiebre del tango en los muros de la ciudad, y es expresivo pero insuficiente. Marco Antonio de la Parra tampoco está a su propia altura en el largo episodio erótico-tanguero de Gotan - canto del macho cabrío. En la rama del cerezo, de

César Díaz Cid, es un cuento de cierta destreza, bastante bien encaminado, pero que para frustración del lector termina abruptamente en la mitad, o en cualquier parte; carece de final. Tampoco Carlos Franz consigue estar a la altura de su única novela en Los estilistas, fantasmagórico relato de entierros y pe-luqueros.

Sonia González Valdenegro intenta y consigue en Mudanzas la superposición de dos planos cronológicos en el espacio de una vieja casa que hace de protagonista. La sonrisa y un par de zapatos de Christian Guadiana dramatiza la violencia excesiva y gratuita en el asesinato del ladrón tras el robo de un simple par de zapatos. Bajo el cielo nocturno de un Santiago en plena guerra, El apocalipsis según Santiago de Carlos Iturra yuxtapone la erudición musical de un texto crítico con la nota casi criollista de otro texto narrativo de la picaresca local, sin lograr nunca la necesaria integración recíproca. Reinaldo Edmundo Marchant nos ofrece en El desgarro, según es ya habitual en él, una exploración de lo monstruoso, en una breve estampa mejor —de lenguaje y redondez— que sus varias novelas. Osa mayor de Edgardo Mardones presenta el típico amor juvenil de la década del 60, tronchado después por los acontecimientos políticos del país. Eugenio Mimica traza una denuncia sutil de los servicios de inteligencia en Asedio. Y El hijo de Marcial de Antonio Ostornol cuenta una historia de desaparecidos que está al borde de lo melodramático pero en definitiva se salva.

Los relatos que menciono a continuación me parece que están un peldaño más abajo. Sentarse a mirar el mar es un cuento de Mario Banic que no sería nada sin la nota política del final, pero ésta no es suficiente para redimirlo. Artemisa, de Pía Barros, contiene más intención liberatriz femenina que fantasía en el presunto caso de una depresión post-parto. También la intención de denuncia política es superior al contenido verbal de El robo de Víctor Bórquez. Plaza Italia de Jorge Calvo es una instantánea del mundo juvenil, demasiado estereotipada: la no-convencción se le vuelve convencional. Algo parecido le sucede a Yair Carvajal en Dos menos dos, la típica noche de una pareja en un hotel parejero, con pocas innovaciones respecto del arquetipo. En El ascensor de Alvaro Cuadra el hablante se ataca entre dos pisos, con un toque final fantástico que no es suficiente para dar valor retrospectivo al resto del relato.

Templo de Ana María del Río cuenta una confesión sacramental frustrada que para el lector no creyente significará poco, y para el creyente será un mero tópico. La elegida de Lilian Elphick narra un episodio lesbiano sin pena ni gloria. Una historia magallánica demasiado larga y confusa contiene "Nosotros tuvimos la culpa, Ruperto", de Juan Mihovilovic. Diego Muñoz Valenzuela, el otro antologista, escribe en Estás cayendo la previsible conjunción de amor adolescente y represión militar. También es demasiado convencional el amor en El nuevo tótem de Silviana Riqueros.

Los mejores cuentos de esta antología son sumamente esperanzadores. De los que no lo son tanto puede extraerse la siguiente lección, útil para autores jóvenes: no hay temas infalibles; no todo desarrollo del erotismo ni de la denuncia política en cualquiera de sus variadas formas es ipso facto una buena pieza narrativa. ■